



Madrid 8 de Enero de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Liceo de los Niños, por don Juan Cuesta.—La Rosa y la Siempreviva [poesía], por don Rafael Serrano y Alcazar.—El Pretolino, por doña Angela Grassi.—Madrid en 1862, por Zara.—La Adoracion de los Reyes, por don Angel de la Casa.—El Cuervo y la Zorra.—La union constituye la fuerza.

GRABADOS. El Pratinolo.—Adoracion de los Reyes.

LICEO DE LOS NIÑOS.

Exposicion recreativa de conocimientos científicos.

INTRODUCCION.

ENTRE la multitud de Dioses que adoraban los primeros fundadores de Roma, siglos antes del nacimiento de Jesucristo, habia uno llamado Jano, que simbolizaba el tiempo, y que consistia en una figura de hombre con dos caras: una que miraba atrás, y significaba el pasado, y otra en su verdadero sitio,

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

que miraba al presente y al porvenir. Uno de los primeros reyes romanos, llamado Numa Pompilio, encontrando defectuoso el calendario de aquel tiempo, que dividia el año en solo diez meses, le añadió los dos que le faltaban, y puso al primero el nombre de aquella divinidad, llamándole Jano, ó Januarius, que es el que nosotros denominamos Enero, porque era el mes que separaba el año venidero del que acababa de transcurrir; y como Janua en lengua latina significa puerta, y Enero es en efecto la entrada del año, dificilmente podria el ingenioso rey haber dado un nombre mas apropiado al primero de los doce meses en que desde entonces quedó dividido.

Lejos ya nosotros de aquellas edades en

NÚM. 1.^o

que los hombres, desconociendo al Dios verdadero y único, se imaginaban ejércitos de divinidades tan frívolas como disparatadas: hallándonos á la puerta de un año nuevo, que despues de largos días de esparcimiento nos llama otra vez al estudio, penetremos por ella resueltos á aprovechar el tiempo y conocer por el camino de la ciencia, no al fabuloso Jano, sino al Dios omnipotente y verdadero que está presente en todos los tiempos y lugares, que formó de la nada un mundo lleno de maravillas y nos dotó de la inteligencia necesaria para irlos poco á poco comprendiendo si ponemos en su estudio un interés positivo.

Porque no hay nada tan triste como la ignorancia. El hombre que no sabe nada, sobre estar espuesto á todos los errores imaginables, es el instrumento, el juguete, y hasta la burla del que tiene verdadero conocimiento de las cosas. Y aunque la buena educacion prohíbe mofarse del ignorante, la Religion manda en sus obras de Caridad enseñar al que no sabe, dando á entender con esto que la ignorancia es una de las mayores desgracias que pueden afligir á los hombres.

Además, es tan hermosa la ciencia; presta el saber una dignidad y una nobleza tan distinguida, que el hombre instruido no necesita mas recomendaciones que su inteligencia para ser estimado y preferido en todas partes, aun cuando la fortuna no le haya concedido riquezas, ni la naturaleza hermosura, ni adorne su cuerpo con trajes deslumbrantes por su valor y belleza. Sin mas galas ni tesoros que su ciencia, él se abre camino entre las clases elevadas, él se hace oír en todas partes, él concluye por llamar hácia sí el interés de los que, dominados por su saber, acaban siempre por declarársele inferiores y rendirle un homenaje de respeto y admiracion.

¿Quién hay que á la vista del cielo en una noche serena y despejada, no sienta deseos de conocer ese firmamento tachonado de estrellas, suspendidas en el aire sin un lazo visible que las sujete? ¿Quién no se asombra y acobarda al ver como ese cielo se cubre otras veces de densos nubarrones que, dando truenos

espantosos y vomitando fuego, se deshacen en torrentes de agua inundando en breves instantes comarcas enteras? ¿Quién no admira que un grano de trigo sepultado en la tierra y abandonado completamente á las inclemencias del tiempo, brote al cabo de algunos meses, cuando se pudiera considerar perdido, y dé de sí una larga caña lozana y flexible con una espiga de multitud de granos, iguales en un todo al que un año antes habíamos arrojado en el suelo? Si hay entre los hombres algun sér tan desgraciado que no haya fijado nunca su atencion en estas maravillas, ni desée comprenderlas hasta donde es dado á la razon humana, no podrá jamás elevarse á el conocimiento de Dios con aquel convencimiento que tiene el que, estudiándolas, encuentra en cada una la prueba irresistible de su existencia, de su sabiduría, de su poder, y hasta de su infinito amor para sus criaturas.

No queriendo nosotros pertenecer á esa clase tan desgraciada; decididos á poner de nuestra parte lo que podamos por separarnos de esa ignorancia tan peligrosa para el cuerpo como para el alma; demos principio desde luego al estudio de esas hermosas verdades que, enriqueciendo nuestra inteligencia, nos darán recursos con que atender á las necesidades de la vida á falta de otros medios de fortuna, y nos abrirán el camino que conduce al conocimiento de ese Dios omnipotente y grande, verdadero Jano de la eterna felicidad.

JUAN CUESTA.

LA ROSA Y LA SIEMPREVIVA.

En un jardín ameno,
Fresca y donosa
Se alzaba entre mil flores
Naciente rosa.

Era un capullo,
Y las auras le daban
Dulce murmullo.

Alegres amorcillos

Iban pasando

Y en su frente dejaban

Un beso blando.

La flor dormía,

Y Amor, al darle un beso,

La estremecía.

Luz de mil tornasoles

Le da la aurora

Con nacaradas perlas

De las que llora.

Y en ansia cierta,

Un día y otro vuelve

Por si despierta.

Mostrando al fin su oculto

Rico tesoro,

Cuando visten los cielos

Púrpura y oro,

La flor galana

Se esponja sobre el tallo

Fresca y lozana.

Y cuenta un cefirillo

Que, erguida y sola,

Admirando las tintas

De su corola,

La flor decía:

«No hay belleza en las flores

Como la mía.»

Mas otra flor cercana

Que oyó su acerto,

Le contesta lanzando

La voz al viento:

«Ni tu fragancia,

»Ni tu hermosura cambio

»Por mi constancia.

»Efímeros y leves

»Son tus primores;

»Para tí pronto pasan

»Vida y colores;

»Apenas naces,

»Palideces, te mustias

»Y te deshaces.

»Yo vivo sin encantos,

»Y aunque modesta,

»Soy amiga constante

»De la floresta;

»No soy esquiva;

»Y me llaman las auras

»La siempreviva.»

El cefirillo alegre

Que tal oyera,

Habló á la siempreviva

De esta manera:

«Tuya es la palma:

»No hay belleza mas pura

»Que la del alma.»

RAFAEL SERRANO Y ALCAZAR.

EL PRATOLINO.

El viajero que se aleja de Bolonia para ir á visitar la capital de Toscana, contempla lleno de admiración durante su trayecto las risueñas *villas*, los edificios de una arquitectura graciosa, y hasta las rústicas casas de labranza, que se agrupan aquí y allá en el fondo de los valles, ó descuellan sobre las colinas, entre el verde follaje de los bosques; pero al llegar á seis millas de Florencia, en el sitio mas favorecido por la naturaleza, en el delicioso Edem soñado por los poetas, queda mudo de asombro al ver desaparecer todo vestigio humano, y no descubrir en la inmensidad del paisaje mas que la sombría verdura de los bosques y la esmaltada alfombra de los prados.

De repente el carruaje se vuelve, entra en un camino estrecho y desigual, se detiene en una gran plaza cuadrada, y el viajero descubre á la derecha un magnífico Palacio, y á la izquierda una estatua colosal, cuya cabeza parece dominar los negros abetos del parque y destacarse majestuosamente sobre el azul del cielo. La sensación que produce este inopinado cuadro, es deliciosa é indescriptible.

La gigantesca estatua es la de Júpiter Pluvius, modelada por Juan de Boloña, y el palacio, el célebre palacio de Pratolino, que mandó construir hácia el año de 1570 el duque Francisco de Médicis al ilustre arquitecto Buontalenti.

Debajo de los terraplenes que circuyen el Palacio y le sirven de base, el hábil arquitecto practicó las salas de servicio, las cocinas, cuyas chimeneas elevándose en forma de obeliscos son coronadas por un globo de metal, y varias grutas, que escitaban la admiración y el entusiasmo de nuestros antepasados, y que son hoy todavía bastante notables.

Estas grutas están abovedadas, en forma de arco de iglesia, y sostenidas por columnas de mármol. Tanto el techo como las paredes se ven cubiertas de estalácticas, madreporas, plantas marinas, corales, conchas, pinturas y mosaicos, formando el conjunto mas bello y sorprendente.

La primera que se ofrece á la vista es la del Diluvio, llamada así á causa de la inmensidad de aguas que brotan, no solamente de la bóveda, sino de las paredes y del pavimento, y en ella mas que en ninguna otra el artista ha prodigado las sorpresas y las mistificaciones.

Aquí algunos asientos muy cómodos parecen in-

uitar al fatigado viajero para que repose algunos instantes, y se hunden así que se sienta, sumergiéndole en un baño improvisado. Allí una escalera ofrece satisfacer su curiosidad conduciéndole á algun sitio

rino, y le arroja bocanadas de agua así que se detiene á escucharle, girando á todas partes sus ojos de una manera grotesca.

La gruta de la Samaritana no es menos sorpren-



El Pratolino.

escondido, y apenas pone en ella el pié, se descubre un surtidor que hay detrás de él, mojándole traicioneramente por la espalda. Allí es una sirena que parece llamarle, y le inunda si tiene la candidez de olvidar sus artificios, y mas allá un enorme triton que produce desacordes sonidos tocando una concha ma-

dente, y está adornada de cuadros mecánicos admirables.

Sobre una de sus paredes, en una especie de teatro, se eleva una fortaleza sitiada y defendida por soldados, que se mueven al ruido de las armas, al redoble de los tambores y al estampido del cañon. En

otro cuadro, Buontalenti ha querido figurar el tránsito de la barbarie á la civilización.

Vénse en el fondo algunos cazadores que corren detrás de los animales salvajes, y á lo lejos se oye el sonido del cuerno de caza y los ladridos de los perros. En primer término un pastor está apacentando su rebaño y se divierte tocando la cornamusa. No lejos de él hay una cabaña, cuya puerta se abre para franquear el paso á una joven aldeana que lleva un cántaro en la cabeza. La figura de esta es esbelta y graciosa, y todos sus movimientos naturales.

Se dirige á una fuente que murmura al pié de una roca, llena su cántaro, lo coloca de nuevo sobre su cabeza, y se dirige á su casa, no sin volverse muchas veces para mirar al bello pastorcillo. En otro ángulo del cuadro, un herrero abre su tienda, y juntamente con sus obreros, descarga golpes cadenciosos sobre el yunque. Un molinero hace llevar varios sacos de harina á un molino, cuyo mecanismo es perfecto; un amolador afila diversos instrumentos, y así están representados en grupos, llenos de verdad y animación, todos los oficios que el progreso ha arrastrado en pos de sí en su marcha triunfal sobre la tierra.

Saliendo de las grutas se encontrará un paseo de abetos y laureles, cuya longitud es de 300 metros, y que va á perderse entre los bosques de la próxima montaña. A cada lado del paseo, y por delante de los árboles, se eleva una balaustrada de mármol, cortada de cuando en cuando por elegantes jarrones, de los cuales brotan magníficos surtidores, que caen formando cascadas, y se deslizan por un canal trazado sobre la misma balaustrada.

Y como si esto aun no fuera bastante en aquel clima de fuego, en el cual la frescura es una de las voluptuosidades mas apetecibles y deliciosas, otra multitud de surtidores surgen al pié de la balaustrada y se cruzan por encima del paseo, formando en los aires una especie de emparrado diáfano, en el cual se quiebran los rayos del sol, produciendo innumerables iris, y del cual desciende una suave neblina que refresca la atmósfera sin humedecerla.

Imposible sería describir todos los monumentos, todas las estatuas, todas las maravillas que se encuentran á cada instante en estos magníficos jardines, y por lo tanto nos limitaremos á describir la que es objeto de nuestro grabado, y que forma el orgullo del artístico país que lleva siempre la vanguardia de las producciones del génio.

Enfrente al Palacio se estiende un paralelógramo de 100 metros de longitud sobre 40 de latitud. Una alfombra de grama ocupa el centro, y en su parte posterior hay un estanque semicircular, á cuyo estremo un grupo de peñascos sirve de base á la estatua colosal de Juan de Boloña que representa, como hemos dicho, á *Júpiter Pluvioso*, vulgarmente llamado el *Apenino*.

La estatua es del estilo mas grandioso y atrevido que pudiera soñar la mente humana. Alrededor de su frente sombría brillan, á guisa de diadema, infinitos hilos de agua que centellean á los rayos del sol, y sus cabellos, su larga y espesa barba, formados tambien de agua, descienden como estalácticas sobre sus anchas espaldas y su fornido pecho. El Dios, sentado é inclinado hácia adelante, se apoya con una mano sobre las rocas, y con la otra aprieta la cabeza de un monstruo, que arroja un volúmen de agua considerable. Gracias á esta postura, hábilmente calculada, los miembros sirven de arbotantes al cuerpo del coloso. Su proporcion es cuando menos de veinte y un metros, pero todas sus partes armonizan tan bien entre sí, y con todos los objetos que la rodean, que apenas se concibe su verdadera altura. En el interior de su cuerpo hay muchas salas, y en su cabeza un lindísimo *belvédere*, al cual las pupilas de la estatua sirven de ventanas.

Dícese que muchos discípulos de Juan de Boloña, empleados á modelar sus enormes miembros, perdieron durante mucho tiempo la exactitud del golpe de vista y la destreza de la mano, en términos que vueltos al taller echaron á perder muchas estatuas, por la costumbre que habían adquirido de exagerar la musculatura.

Una parte de las maravillas del Pratolino están hoy en día sumamente deterioradas, y muchos objetos de arte han sido quitados y trasportados á Florencia, pero lo que resta es aun muy notable, y tantas bellezas, tantos recuerdos encierran estos lugares deliciosos, que el viajero que ha tenido la dicha de recorrerlos, nunca jamás puede echarlos en olvido. (Traducción.)

ANGELA GRASSI.

MADRID EN 1862.

CARTAS Á UNA NIÑA.

I.

Mi querida Jenny: al separarme de tí, porque era la voluntad de tu padre que terminases tu educación en ese colegio de Lóndres, en que hoy te encuentras, te prometí darte noticias de esta hermosa tierra de España, donde se abrieron mis ojos á la primera luz, y por la cual manifiestas tanta predilección, solo por haberme oído hablar de ella. Voy á cumplirte mi palabra, con el afecto especial que te profeso, á pesar de la diferencia de nuestras respectivas edades, y que tú me pagas con un cariño casi filial.

Como ya has sabido por tu papá nuestro desembarco en Cádiz, y que nos dirijíamos á la corte por Sevilla y Córdoba, solo te diré de este viaje que le hicimos sin contratiempo alguno, y que habiendo sabido que mi hermana se encontraba en su quinta de Carabanchel, al apearnos por la noche en la estación del ferro-carril del Mediterráneo, subimos á un carruaje que nos esperaba, y sin entrar en Madrid, nos encaminamos por la ronda á buscar el camino de aquel pueblo. La noche estaba oscura y no ví nada de ese Madrid que habia dejado hace tantos años, muy niña aun, tan niña que apenas conservaba un vago recuerdo.

No queriendo mi hermana que nos fastidiáramos en Carabanchel, despues de dejarnos descansar dos días, dispuso volver á Madrid, como en efecto lo verificamos.

Despues de andar poco mas de media legua, nos encontramos á la entrada de un hermoso puente, que se llama el puente de Toledo, y apareció Madrid ante mis ojos. Hice entonces detener el carruaje para gozar de la vista que tenia delante de mí.

En primer término aparecia la entrada de la calzada con árboles que conduce al puente, con dos torres de granito que, aunque como obra de arte, están muy lejos de ser de buen gusto, así como tampoco lo son los nichos con las estatuas de San Isidro y Santa Maria de la Cabeza que hay mas adelante, todavía son un detalle que contribuye al conjunto: seguia despues el puente, que es de granito, con fuertes cubos de trecho en trecho, pasando por sus elevados arcos de medio punto el rio Manzanares, que está muy lejos de ser el Támesis que tú estás acostumbrada á ver, como que por su escasa corriente ha dado asunto para muchas sátiras á los poetas castellanos, especialmente del siglo XVII, algunos de los cuales te he hecho leer para familiarizarte con el rico y sonoro idioma de Cervantes; pero este pobre rio, corriendo lentamente por en medio de una pradera arenosa, con sus orillas sembradas de árboles y de casitas, y empavesadas con blancos lienzos puestos á enjugar al sol, ofrece un aspecto especial, que no es desagradable, al menos para quien, habiendo nacido en Madrid, vuelve á saludarle despues de muchos años: véase luego la plazoleta de árboles que sigue al puente, coronada con estatuas y obeliscos, y en último término, al extremo de otra gran calzada, la suntuosa puerta de Toledo y las torres y edificios de la corte (1).

Gozamos por algunos momentos de esta vista iluminada por un sol magnífico, pues hacia uno de esos hermosos días en que el cielo de Madrid tiene un

azul y una transparencia de que no puedes formarte siquiera la idea en tu nebulosa Albion.

Despues seguimos nuestro camino y entramos por la hermosa puerta de Toledo, que ya te he citado, á la calle del mismo nombre.

Está muy lejos de ser esta calle la entrada principal de Madrid, pero en cambio es una de las mas frecuentadas de forasteros, y su animacion y bullicio son indescriptibles. Crúzanse gran número de carros y galeras; oyense las voces con que pregonan sus mercancías los vendedores; véense en grandes montones, formando pirámides, esas deliciosas naranjas que tan caras pagamos en Londres para nuestras mesas; y las gentes del pueblo se agitan en todas direcciones.

Al pasar por enfrente de un edificio que es al mismo tiempo convento de monjas y hospital, conocido con el nombre de *la Latina*, por haberle fundado doña Beatriz Galindo, llamada por su erudición *la latina*, camarera y maestra de la célebre reina de Castilla, doña Isabel la Católica, ví con sentimiento que habian pintado sus paredes: gracias que han respetado la fachada, que dicen fué construida por un moro llamado Hazan.

Por las calles de la Concepcion Gerónima y de Carretas llegamos á la Puerta del Sol, cerca de la cual se halla situada la casa de mi hermana. No vayas á creer, hija mia, que la *Puerta del Sol* es una puerta: llámase así porque en el siglo XVI hubo en el mismo sitio un castillo, que tenia sobre la puerta pintada la imagen del sol: hoy es una gran plaza, de forma irregular, pero con hermosos edificios y elegantes tiendas y una gran fuente en medio, que se está construyendo para que brote en ella un magnífico surtidor de las aguas del rio Lozoya.

En esta plaza está la antigua casa de Correos, hoy Ministerio de la Gobernacion, y un poco mas allá, á la entrada de la calle Mayor, la casa llamada de Cordero, que cuando yo salí de Madrid era el convento de San Felipe el Real, y ahora es un estenso edificio con una elegante fonda, baños, mas de cien vecinos y doscientas ochenta y seis ventanas y balcones.

Apenas llegada á casa de mi hermana, en vez de descansar me pongo á escribirte. Continuaré haciéndolo, y como, despues de tantos años, Madrid es nuevo para mí, pienso recorrerle y comunicarte mis impresiones. Acuérdate siempre de mí.

SARA.



[1] Véase la lámina que acompaña á este número, para los suscritores por todo el año de 1862.

LA ADORACION DE LOS REYES (1).

I.

Adorado el SALVADOR del mundo por sencillos y humildes pastores en la noche de la Natividad, bien pronto debía serlo por los sábios y poderosos del Oriente.

El Evangelio nos explica este suceso, y de qué modo burlaron la perfidia del insidioso Herodes los hombres afortunados que merecieron la dicha de adorar y ofrecer sus dones de oro, incienso y mirra, como á Rey y Dios, al verdadero Dios, al refulgente nuevo sol, como tan justa y oportunamente han llamado al Salvador muchos Santos Padres.

La festividad que la Iglesia cristiana celebra en conmemoracion de este acontecimiento, se llama generalmente *Epifanía*; palabra griega que significa aparicion ó manifestacion, por haber sido aquella la primera ocasion en que el Salvador se dió á conocer á los gentiles. Varios escritores la designan con los nombres griegos tambien *Theofania* y *Theopsia*, cuyas significaciones son análogas á la primera; pero llámase vulgarmente la *Adoracion de los Reyes*, por la comun creencia de que estaban revestidos de la real dignidad los Sábios ó Magos que fueron á adorar á Jesucristo: sobre este punto los libros sagrados no dan mayores explicaciones. Nada nos dicen acerca del número de aquellos misteriosos adoradores del Dios niño, ni sobre sus nombres, ni pais de donde vinieran. La tradicion hebráica los llama *Magalat*, *Galgat* y *Sarachim*, y la latina, Melchor, Gaspar y Baltasar, habiendo sentado varios autores, aunque sin pruebas suficientes, que uno de ellos era de Tarso, otro de Saba, y el restante de Nubia.



Adoracion de los Reyes.

Así, pues, en todos los cuadros y esculturas en que se ha reproducido la tierna escena de la Adoracion de los Reyes, se ve siempre representado á uno de los mismos con los rasgos principales de la raza negra. Como quiera que sea, si el Evangelio no autoriza terminantemente la opinion tan antigua y generalizada de haber sido tres, y originarios de la Arabia desierta ó Mesopotamia, dicha opinion se apoya al menos en la autoridad de muchos Padres de la Iglesia.

Debe consignarse aquí que, además de ser notablemente unánimes las profecías relativas á la venida del Mesias, y tan general su creencia en Oriente, existia una predicción del mago y gran astrólogo Zoroastro (que vivió en la Persia por los siglos VI y VII antes de Jesucristo), en la cual habia dicho, que el gran suceso de la venida del Salvador seria anunciado al mundo por una constelacion. Ahora bien, brillando precisamente la de Orion á principios de Enero con su mas puro y magnífico esplendor, colocada en el solsticio de invierno al extremo de la region oriental del cielo, con razon y verdad dijeron los sábios Reyes á Herodes: « Hemos visto su estrella en Oriente. »

Desde los primeros tiempos del Cristianismo parece que celebró la Iglesia de Occidente con dos festividades diferentes la Natividad y la Adoracion de los Reyes; mas no sucedia así en Oriente, en donde se celebran ambas en un solo día, el 6 de Enero: y solo á principios del siglo V las separó la Iglesia de Alejandría, fijándolas en los dias consagrados en Occidente. Así se estableció bien pronto en toda la Siria, y hoy las mismas fiestas están uniformemente establecidas en toda la Cristiandad, salva la diferencia re-

lativa que existe entre el Calendario ruso y el de las demás naciones.

Merece notarse aquí la coincidencia de corresponder el 25 de Diciembre, día de la Natividad, al último de los quince que los romanos consagraban á la serie de regocijos públicos llamados *Brumales*, en los que las *Saturnales* ocupaban la mayor parte; y el 6 de Enero, día de la Epifanía, al en que los egipcios celebraban su mas importante fiesta; la aparicion del *Osiris*, divinidad solar cuya presencia era evidente

[1] Este artículo lo publicamos en el *ESCOLAR*, pero como no llegó á coleccionarse lo reproducimos; lo que haremos tambien de algun otro.

por el crecimiento manifiesto de los días, pasado el solsticio de invierno. Parece en efecto providencial la colocación de estas dos festividades, precisamente en los días en que el paganismo había instituido las suyas principales, como para poner término á éstas, sustituyéndolas con la conmemoración de dos tan importantes acontecimientos en la vida del Salvador de los hombres.

Por fin, celebra la Iglesia en este día, además de la *Adoración de los Reyes*, el bautismo de Jesucristo en el Jordán y su primer milagro en las *Bodas de Caná*.

II.

«¿En dónde está el Mesías recién nacido? Así preguntaban por todo Jerusalem los Reyes, conducidos por un brillante lucero desde sus lejanas tierras.

¡Dulce espectáculo! Miradle ahí: el grabado con que se ilustra este artículo os da una ligera idea de escena tan tierna. Hombres fuertes y poderosos, sabios Reyes y azeados guerreros, se postran humildes y adoran llenos de fé á un débil niño, desnudo en medio del mas crudo invierno, reclinado en vez de trono sobre un grosero establo; sin mas abrigo que unos pobres pañales, un poco de paja, y el aliento de un buey! La púrpura y los ricos trajes de aquellos felices varones, que reconocen bajo tan pobre aspecto, y adoran llenos de fé á todo un Dios en aquel niño, contrastan extraordinariamente con la pobreza y humildad del áspero manto que cubre á la hermosa Madre, á la Santa Virgen María y á su venerable esposo.

Muchas y magníficas obras de arte ha inspirado este tierno asunto, y sobre todo al célebre pintor Rubens, que lo reproduje hasta diez y seis veces. Uno de estos preciados originales existe en el Monasterio del Escorial.

Concluirémos diciendo que, según piadosas tradiciones, instruidos por fin los Reyes Magos en la doctrina de Jesucristo, murieron con la muerte de los Santos; conservándose actualmente sus preciosas reliquias en una magnífica urna que posee la catedral de Colonia.

ANGEL DE LA CASA.



EL CUERVO Y LA ZORRA.

Un cuervo llevaba en su pico un pedazo de carne envenenada, que el jardinero incomodado había puesto para los gatos de su vecino. Iba á comérsela encima de una encina, cuando se le acercó una zorra á hurtadillas y le dijo:—Yo te bendigo, pájaro de Júpiter!—Por quién me tomas? la preguntó el cuervo.—No eres tú la vigorosa águila, que desciende todos los días desde la diestra de Júpiter ha sta esta encina para traerme mi sustento, pobre de mí? Por qué disimulas? No veo yo en tu pico la pedida dádiva que por medio tuyo sigue enviándome tu Dios?—El cuervo se admiró y regocijó interiormente de ser tomado por un águila.—No debo, pensó entre sí, sacar á la zorra de su error.—Generosamente torpe la dejó caer su presa y voló orgulloso de allí. La zorra cogió la carne riendo y la devoró con maliciosa alegría. Pero su placer se convirtió bien pronto en un horrible dolor; el veneno empezó á obrar y murió la zorra.

LA UNION CONSTITUYE LA FUERZA.

Un labrador, llamado Miguel, tenía siete hijos que con frecuencia reñían unos con otros, olvidando trabajar por andarse en dimes y diretes. Algunos mal intencionados pensaban ya utilizar esta desunion para apoderarse de sus bienes despues de la muerte de su padre. Pero éste llamó un día á sus siete hijos y les enseñó siete haces de mimbres muy bien atados, diciéndoles.—Al que rompa primero su haz de varas le regalaré cien duros.

Intentáronlo uno despues de otro hasta que lo dejaron cansados, diciendo:—Es imposible!

—Nada es mas fácil, sin embargo, les dijo su padre, y desató el haz y rompió mimbres tras mimbres sin ningun trabajo.—Ah! exclamaron sus hijos, eso es tan fácil, que podría hacerlo un niño.

Entonces les dijo su padre:—Vosotros, hijos míos, sois como estos mimbres. Mientras esteis unidos nadie se atreverá con vosotros, porque no podrá vencerlos, pero en cuanto os desunais, os sucederá lo que á estos mimbres que veis aquí rotos en el suelo.

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42